



COMPASIÓN INFINITA

Justo Chueca

COMPASIÓN INFINITA



Primera edición: mayo de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Justo Chueca

ISBN: 978-84-18250-81-1

ISBN digital: 978-84-18250-82-8

Depósito legal: M-9281-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a mi familia
que me animó a escribir*

CAPÍTULO I

En el interior de la nave ya no se oía nada. Marcos salió de la oscuridad, se acercó a la puerta, se paró y volvió a escuchar. En la cuadra, los machos se agitaron nerviosos. Marcos avanzó unos pasos, esperó a que los animales lo olieran y dejaran de sentir su presencia como un peligro. Cuando se calmaron, se acercó a la escalera de madera por la que se subía a la entreplanta en la que se almacenaba la paja. Arriba descansaban los segadores de la cuadrilla del señor Juan. Habían estado más de una hora hablando en voz baja. Marcos escuchó, sin poder entender sus palabras. Distinguió siete u ocho tonos de voz, pero tenía que haber más hombres que no habían intervenido, porque sabía que esa cuadrilla la componían once segadores.

Se quedó al pie de la escalera. No era prudente subir, el crujido de la madera bajo su peso podía despertar a alguno de ellos. Marcos no quería delatar su presencia, aún no. Tenía que asegurarse de que no iban a abandonar el pueblo, aprovechando que todos descansaban y no los verían escapar. Oía la respiración de los hombres que, por fin, dormían entre la paja. Pasó media hora, nadie se levantó, ninguno se separó de los demás. Salió muy despacio de la cuadra, buscando las zonas más oscuras, se fue alejando. Cerca de la entrada principal de la hacienda ladró un perro y se lanzó contra él. La cadena, a la que estaba atado, impidió que lo alcanzara. Marcos se alejó y se ocultó en la oscuridad de una tapia porque la finca de don Leopoldo siempre tenía vigilante nocturno; si había oído los ladridos del perro, acudiría a la puerta.

Disponía de poco tiempo para cumplir su plan. La luna, en cuarto creciente, daba una luz escasa, apenas suficiente para poder andar por el camino. La hacienda se encontraba a poco menos de una milla de Fuentencina. Pegado a la tapia, Marcos esperó a ver si aparecía el vigilante. El hombre lo conocía, y Marcos no quería que lo viera. Pasaron unos minutos, no aparecía nadie, el vigilante debía de estar dormido; entonces empezó a correr en dirección a Fuentencina, con un ritmo regular, dosificando el esfuerzo.

Llegó a casa de don Valeriano, el amo, con el corazón más acelerado de lo que esperaba. Después de tres años trabajando duro en el campo, había ganado peso y perdido agilidad y resistencia. Encontró enseguida la llave del almacén y buscó entre las herramientas. Cogió una hoz que empleaba en ocasiones. Era una buena herramienta, la hoja era más ancha de lo normal, para ser una hoz dentada. Era más pesada, pero equilibrada y con una empuñadura que se adaptaba bien a su mano. No estaba afilada y tenía algunos dientes mellados. A saber cuál de los peones era el manazas que la había usado y para qué; no era normal que una herramienta se encontrara en esas condiciones en el almacén; menos, una hoz en tiempo de siega. Marcos rechazó esas preocupaciones, no podía pensar en la negligencia de los jornaleros en aquel momento. Le costó encontrar la funda de madera que servía para llevar la herramienta sin peligro de herirse con ella, otra muestra de la desidia de quien había empleado la hoz. Cogió también una zoqueta, un dedil, una piedra de afilar y un viejo morral de pastor, hecho de piel de choto. Cerró el almacén y volvió a esconder la llave. Al pasar por las calles desiertas, algunos perros ladraron. No se preocupó, sabía que los vecinos no hacían caso. Buscando las zonas más oscuras, anduvo en dirección norte y tomó el camino del monte. En las afueras del pueblo, arrancó a correr otra vez con un trote ligero y regular.

Marcos conocía todos los campos del término, sabía dónde se-gaba la cuadrilla que había estado vigilando. Era una parcela de unas veinte iguadas, situada en el pago llamado Las Hoyas. Fue

una carrera larga, nuevamente necesitó descansar para recuperar el ritmo de la respiración. Al entrar en la parcela, vio que la cebada estaba floja, era una tierra puesta en cultivo dos años antes y necesitaba unos cuantos más de trabajo y abono para hacerla buena. La espiga era pequeña, el grano tenía poca densidad. Marcos se adentró en el campo, habían segado cerca de siete iguadas. Cuando roturaron la parcela, dejaron unos eriales yermos, la roca afloraba en la superficie, allí solo podían crecer arbustos y zarzas. Eligió uno cuyo entorno ya había sido segado. Se encontraba algo separado del tajo y bien situado para observar sin ser visto. En un lado, crecía una carrasca cuyas ramas bajas lo ocultarían. No necesitaba ver más, escondió el morral y la hoz al pie de la carrasca; sin perder más tiempo, salió del campo.

En el camino, echó a correr de nuevo, ahora por lo menos era cuesta abajo. Dio un rodeo por el arrabal de Fuentencina y se dirigió otra vez a la hacienda de don Leopoldo. Se ocultó en un ribazo a 150 pasos de la entrada de la finca. Había ido más rápido de lo que pensaba, el vigilante tardaría en tocar la campana para despertar a los jornaleros. Tenía tiempo para descansar, pero tendría que esforzarse para que no lo venciera el sueño; en las últimas 24 horas no había hecho más que trabajar y correr. Estaba agotado y no recordaba cuándo había comido por última vez. A pesar de su juventud, era un cazador experto, acostumbrado a las largas jornadas al acecho de una presa, o siguiendo a un animal herido. Estaba seguro de poder aguantar la fatiga y el hambre. Le preocupaba que los segadores se hubieran ido mientras él subía a reconocer el campo. Como no pudo enterarse de sus planes cuando conversaban en el pajar, no podía hacer otra cosa que esperar, no tardaría en salir de dudas.

Por fin, empezaron a encender luces en la hacienda. Se aparejaban machos, se oía el repiqueteo de las ruedas de las galeras en los adoquines del patio y el restallido de los correazos en los lomos de las caballerías más rebeldes. A través de la puerta, Marcos vio movimiento de hombres que se preparaban para salir a los campos.

En el pueblo se encendían luces también, el ruido de los preparativos le llegaba muy atenuado por la distancia. Otra jornada de siega empezaba, todo eran prisas. Esta campaña había empezado tarde por las tormentas de primavera, no se podía perder un momento. Los jornaleros tomaban un desayuno rápido en pie, cerca de los carros, y partían presurosos para que la primera claridad del día los encontrara ya en los campos.

Salieron hombres conduciendo galeras, llevaban peones y pastores que vivían y trabajaban en la explotación de don Leopoldo. Marcos los conocía a todos ellos, no eran los que esperaba. No aparecía nadie más en la puerta de la finca. El joven empezó a temer que hubieran abandonado el pueblo. Si se habían ido, ya no podía hacer nada, estarían demasiado lejos para averiguar en qué dirección. Decidió esperar, no podía ser que su plan hubiera fracasado así. Había tomado todas las precauciones para no perder a aquella cuadrilla. De repente se puso tenso. Varios desconocidos salían, se agruparon delante de la puerta, eran segadores. Marcos creyó reconocer a alguno de ellos, no había luz suficiente para distinguir sus facciones. Discutían en voz baja, contenida, pero el tono no dejaba lugar a dudas, había amenaza en algunas expresiones y gestos. Pronto se callaron todos y esperaron. Enseguida se unió a ellos un hombre mayor que Marcos conocía, era el mayoral, el señor Juan, que venía todos los años con su cuadrilla para don Leopoldo. El señor Juan habló brevemente con ellos, luego se pusieron en marcha. Venían con poco equipaje, con la hoz en su funda, atada a la espalda. Tres de ellos llevaban haces de paja de centeno para hacer vencejos. Se quedaban, iban a seguir trabajando. Marcos no necesitó ver más; como venían en su dirección, empezó a retirarse con cuidado, hasta que pensó que podía incorporarse sin ser visto.

Con precauciones, para evitar a las cuadrillas que salían del pueblo, corrió por el arrabal tomando la dirección del monte. Llegó al campo con la respiración agitada y el corazón latiendo descontrolado. Se tumbó bajo las ramas de la carrasca que había elegido, estaba seguro de que nadie lo había visto.

Los hombres tardaban demasiado, no podía contener sus nervios. Por fin, los vio venir. Subían fatigosamente el camino, se notaba lo poco que habían descansado aquella noche. Marcos evaluó al grupo, eran doce hombres. Diez de ellos de mediana edad, baja estatura, salvo uno que era un palmo más alto que los demás, enjutos como hombres acostumbrados a andar mucho y trabajar duro. Serían lentos, con poca agilidad, pero fuertes. Los otros dos eran el señor Juan, de unos sesenta y cinco años, de mediana estatura, que se conservaba fuerte y activo, y, caminando a su lado, un joven que Marcos conocía. Muchacho de unos dieciocho años, lo llamaban «Lino», las tres últimas campañas ya había segado con la cuadrilla. Marcos había oído decir que era sobrino del mayoral. Entraron en el rastrojo. El señor Juan organizó el trabajo.

—Os lo he dicho en la hacienda, no quiero que el administrador, el señor Vázquez, me vuelva a llamar la atención. Llevo muchos años trabajando en esta casa y en buena relación con los amos como para echarlo a perder en un día. Vamos a ver si recuperamos el retraso de ayer. Yo voy de delantero; detrás de mí, Pedro. Te quiero a mi altura, sin perder una vara. Abelino, tú, como de costumbre, en cola, y me vas empujando a estos, que parece que todavía no se han despertado. Vosotros tres —dijo señalando a los aludidos—, empezareis de ligadores, primero haced los haces con las gavillas que quedaron ayer. No sé dónde habéis aprendido a dar de mano así, dejando la mies esparcida. ¡Que sea la última vez, no se sale del campo sin que todo lo segado quede en haces bien ordenados! Poned ya la paja a remojo y preparad los vencejos. Me habéis hecho haces pequeños porque hay poca cebada. Las gavillas serán de tres falcadas, pero quiero haces de cinco gavillas. Así ahorramos vencejos. Después de almorzar, vosotros tres —señaló a otros tantos segadores— os pondréis a hacer los haces, y ellos a segar en vuestro puesto. Después de comer cambian otros tres y va corriendo la rueda. El administrador pasará por la tarde para ver cómo llevamos la faena, quiero que para entonces esté terminado lo de ayer y lo de hoy. ¡Vamos, a trabajar, que ya llevamos retraso!

Empezaba a clarear cuando los segadores se ataban la zoqueta en la mano izquierda o afilaban la hoz, se preparaban para empezar la jornada. Marcos había seguido las instrucciones del mayoral, se encontraba a cincuenta pasos de la cuadrilla. La organización le pareció adecuada para recuperar el retraso. Le sorprendió que el señor Juan, a su edad, se colocara de delantero para marcar el ritmo del trabajo. Lo vio inclinarse sobre la mies y empezar a cortar lo que abarcaba a derecha e izquierda. Muchos mayorales no segaban, se limitaban a contratar con los amos y a organizar y controlar el trabajo de la cuadrilla. En Fuentencina lo llamaban con respeto «el Mayoral», el joven había oído comentar que sus segadores eran de lo mejor que había pasado por el pueblo. Tres pasos por detrás del señor Juan, empezó Pedro, el Gachero, a segar otra banda paralela a la de su jefe y, sucesivamente, se fueron desplegando todos los miembros del grupo. Marcos dejó que se centraran en su trabajo, la jornada empezaba. Segaban bien, todos avanzaban con brío, al ritmo marcado por el mayoral. Los ligadores quedaron entre Marcos y los segadores, recogiendo las gavillas de la jornada anterior. Uno de ellos, cogió un haz de paja de centeno, bajó a la hoya para remojarla en una charca y dejarla flexible para hacer los vencejos.

CAPÍTULO II

La luz era escasa todavía cuando vio que un ligador se acercaba al yermo para dejar las alforjas bajo las ramas de la carrasca. Había llegado el momento, tenía que actuar antes de que lo descubriera. Cuando se encontraba a diez pasos, saltó al rastrojo y corrió hacia él. El hombre se quedó paralizado por la sorpresa; cuando quiso reaccionar, Marcos alzaba la hoz. Le asestó un fuerte golpe en la frente con el dorso de su herramienta. Mientras caía inconsciente, lo sujetó agarrándolo del cabello y lo mantuvo de rodillas, rápido se colocó a su espalda, tiró violentamente la cabeza hacia atrás y lo degolló con un movimiento circular de la herramienta. El hombre quiso gritar, pedir ayuda, quiso contener la hemorragia con sus manos, pero la sangre salía a borbotones, se ahogaba al aspirar. Marcos no perdió más tiempo, sabía que estaba muerto y lo dejó caer al suelo. De un golpe de vista evaluó la posibilidad de atacar al otro ligador. No tenía tiempo, todos estaban alertados, ya se acercaban corriendo por el rastrojo. El joven giró hacia el camino que se internaba en el encinar. Uno de los segadores, que apenas había tenido tiempo de dar unas zancadas, comprendió su intención y corrió para interceptarlo antes de que se perdiera entre los árboles. Su posición era más favorable que la de Marcos, pero era lento; las abarcas, poco adecuadas para correr, dificultaban su carrera. Marcos se adelantó; luego, fingió perder el paso y desaceleró para permitir que el otro se acercara. De repente, se dio la vuelta y atacó, cogió a su oponente con la hoz baja, lo hirió con un corte profundo en el hombro izquierdo. Con un grito de sorpresa y dolor, el

otro saltó atrás al tiempo que se cubría con su propia herramienta. Marcos intentó herirlo de nuevo, pero su enemigo sabía defenderse y sus compañeros estaban ya cerca. Echó a correr y alcanzó el camino entre los árboles. Cuando llegaron los perseguidores, ya no lo vieron en la senda. Había desaparecido en la maleza, todos se quedaron parados. La vegetación muy cerrada y la luz escasa facilitaban que pudiera volver a sorprenderlos. Ninguno tuvo arrestos para seguir al agresor a través del encinar, se volvieron al lugar del ataque para atender a los heridos.

El primero estaba muerto, su rostro se había quedado blanco, los ojos desorbitados por el miedo y el dolor. Las manos estaban crispadas en su garganta en un intento desesperado por sellar la herida y contener la sangre. Sus compañeros no podían despegar los ojos de aquel cuerpo caído, de su rostro y de la mancha roja que se había formado en la tierra. Estaban como hipnotizados, en sus expresiones se leía el horror y el miedo.

El herido tuvo que llamarlos:

—Ayuda, compañeros, me estoy desangrando.

Fue como si su voz los hubiera liberado de un sueño hipnótico, se apartaron del cadáver todos a un tiempo. Se acercaron al herido. Mareado por la pérdida de sangre, se había sentado en el rastrojo, había desgarrado la manga izquierda de su camisa y trataba de parar la hemorragia presionando la herida con la tela. El filo dentado de la hoz había cortado el músculo deltoides, el brazo le colgaba inerte; en la espalda, la punta de la herramienta desgarró el trapecio y, probablemente, lesionó también el omóplato. El joven Lino corrió a buscar sus alforjas, volvió con unos retales de lienzo, agua y vendas de algodón. Los segadores suelen llevar lo necesario para hacer una primera cura en el campo. En esa cuadrilla el encargado del botiquín era Lino. Le limpió las dos lesiones con agua; luego, las comprimieron con los trapos y las vendaron. Le inmovilizaron el brazo ligándolo a su cintura con otra venda. El hombre se había desmayado.

Entre tanto, Marcos no se había alejado mucho. Cuando dejó de oír a sus perseguidores, se ocultó y escuchó. Ni un ruido; andu-

vo a ambos lados del camino, comprobó que no se acercaba nadie. No quería confiarse, podían estar haciendo una batida en el bosque o haberse ocultado esperando a que volviera. Reflexionó un momento y decidió ir a su encuentro. No debía separarse de ellos porque escaparían si no tenían valor para enfrentarse a él. Empezó a retroceder, inspeccionaba a ambos lados del camino, parándose con frecuencia para escuchar. Tenía una gran habilidad para mimetizarse con el entorno, ni siquiera los pájaros se asustaban con su presencia. Lo más lógico era que lo buscaran avanzando en línea, a ambos lados del camino, con poca distancia entre uno y otro. Se movió describiendo un arco de círculo al este de la senda para descubrir al último hombre de ese lado, herirlo y huir rápidamente. No encontró a nadie, llegó al límite de los árboles, a 200 pasos del camino por el que había penetrado en el encinar. El campo se extendía en la ladera de la colina; cerca de los matorrales entre los que estaba escondido se encontraba el punto más elevado, dominaba toda la extensión de la parcela. Trepando entre la cebada, lo alcanzó, enseguida vio al grupo. Estaban junto al compañero herido; mientras dos de ellos lo atendían, los demás estaban discutiendo. A Marcos le pareció que se trataba de un enfrentamiento muy tenso entre el mayoral y varios individuos del grupo. Rebatían en voz contenida porque en otro campo, cerca de allí, había otra cuadrilla trabajando. Sin embargo, la actitud y los gestos eran inequívocos. En un momento de la discusión, Marcos creyó que el señor Juan y el segador alto, al que había oído llamar Julián, iban a llegar a las manos. Los separaron, el exaltado se retiró unos pasos, el mayoral se agachó junto al herido y examinó sus vendajes. El hombre seguía inconsciente. El señor Juan se puso en pie resueltamente, esta vez habló en voz alta:

—¡Nos ha atacado un muchacho del pueblo, Dionisio está muerto, Aurelio está herido de gravedad y no sabéis por qué! ¿Qué está pasando aquí? ¿Alguno me lo piensa decir?

Esperó una respuesta, pero esta no llegó. Buscó los ojos de alguno de sus hombres, todos miraban al suelo.

—Muy bien, me voy a Fuentencina a buscar al médico y a la Guardia Civil. Veremos si ellos os sacan alguna explicación.

Empezó a andar en dirección al camino. En un instante cuatro hombres lo rodearon empuñando sus hoces, a empujones lo obligaron a volver atrás. Otro, que hasta entonces había permanecido en silencio, quiso interponerse para evitar que maltrataran a su jefe. Marcos reconoció al *Gachero*, un murciano que llevaba varios años viniendo con el mayoral. Forcejearon, uno de ellos derribó al Gachero de un puñetazo. A empellones, obligaron al mayoral a sentarse en el suelo. Llamaron al joven Lino, que seguía atendiendo al herido, le mandaron levantar al murciano y ayudarlo a sentarse junto a su jefe. Dos de ellos se quedaron cerca vigilando, mientras los demás agrupaban herramientas y alforjas. Llevaban poco equipaje, poca comida, la mayor parte de sus pertenencias se habían quedado en el pajar en el que pasaban la noche. Como el campo se encontraba bastante lejos de la hacienda, procuraban llevar las alforjas ligeras. Por la comida no tenían que preocuparse, los criados del amo se la llevaban cuatro veces al día, abundante y muy energética. Marcos observó cómo seleccionaban algunos objetos y pequeños paquetes, los recogían en dos zurrone, colocaban el resto del equipaje en cinco alforjas y se repartían todas las hoces, habiendo despojado de ellas al grupo del mayoral.

Se estaban preparando para marcharse. Marcos no sabía qué iban a hacer con el señor Juan y sus dos compañeros. Tenía claro que él no estuvo la víspera con esa cuadrilla, por eso, no era uno de los hombres que tenía que matar. Pero no entendía la posición del Gachero y de Lino, que sí habían estado con el grupo; sin embargo, se ponían en contra de sus compañeros. Tenía que estar muy atento para no hacerles daño si no eran culpables. En ese momento Julián y otro hombre se apartaron unos pasos. No tardaron en reunirse con los demás. Julián les explicó lo que habían decidido. El herido recuperó el conocimiento, dos de sus compañeros lo incorporaron y le dieron de beber. Entre tanto, cuatro de ellos cogieron el cuerpo de Dionisio, lo llevaron al erial en el que había

estado Marcos, metieron el cadáver bajo las ramas de la carrasca, cortaron unas zarzas y lo cubrieron con ellas. Cubrieron con tierra las manchas de sangre más grandes y enterraron los trapos empleados para lavar las heridas de Aurelio.

Se reunieron todos. Marcos no entendía lo que estaban haciendo aquellos hombres. Ocultaban el cadáver, borraban las huellas de la lucha y abandonaban Fuentencina sin denunciar la agresión. Las autoridades los considerarían sospechosos de asesinato. Los dos hombres que parecían dirigir el grupo tenían prisa, dispusieron el orden de marcha. Fue en aquel momento cuando Marcos tomó conciencia de su propia situación. Los tenía que perseguir y acosar hasta que no quedara uno con vida. Si hubieran dejado que el señor Juan lo denunciara a la Guardia Civil, no le cabía duda de que lo habría reconocido, se habría convertido en un fugitivo de la justicia, acusado de asesinato, pero se habría quedado escondido en el monte para hostigar a la cuadrilla. Ahora, se veía obligado a abandonar su pueblo y todo lo que había formado parte de su vida hasta ese día. Tenía que perseguirlos adonde quiera que fueran. Sintió cómo se le secaban la boca y la garganta, el corazón le latía desenfrenado. Cuando levantó la hoz contra el primer segador, decidió su suerte. Ya no había sitio para él en Fuentencina, se había convertido en un proscrito.

Los hombres se pusieron en marcha formando un grupo compacto. En el centro caminaba el mayoral cargado con varias alforjas; detrás, el Gachero y Lino sostenían al herido y lo ayudaban a andar. Los siete segadores los rodeaban empuñando sus hoces, ligeros de equipaje. Tensos y vigilantes, se adentraron en el monte por la senda de los Carboneros. Sabían que su atacante había entrado por allí, podía estar al acecho detrás de cualquier árbol. No tenían otra alternativa, era el único camino por el que podían irse sin que los vieran. Iban decididos, habían visto cómo una hoz podía convertirse en un arma temible; ellos también sabían usar las suyas.

Marcos no tenía más que el viejo morral, lo primero que encontró en el almacén, la hoz y los útiles de segador. Con esas po-

sesiones podía pasar por un jornalero de los muchos que se movían hacia el norte por aquellas fechas. Después de segar en tierras tempranas, se desplazaban a zonas más frías, en las que se cosecha más tarde. La siega empezaba en mayo por Andalucía y terminaba a finales de agosto en las sierras del norte. Se producía una verdadera trashumancia de hombres en busca de un jornal. Lo que no era corriente es que fuera un hombre solo. Los amos concertaban con cuadrillas completas, cuyos miembros ya se conocían y estaban acostumbrados a trabajar juntos. Sería un serio inconveniente para pasar desapercibido, también para ganar algo de dinero con el que subsistir. Cuando el último segador se hubo perdido entre los árboles, el joven se incorporó, se volvió a mirar el pueblo. Los campos de cebada y trigo, alternando con barbechos en los que ya verdeaban las hierbas nacidas con las lluvias recientes, festoneados de árboles frutales en algunos ribazos, bajaban suavemente hasta la mancha verde de la huerta y los tejados rojos de Fuentencina. El río, al otro lado del pueblo, se adivinaba gracias a la franja de altos chopos que poblaban sus riberas. Fuentencina, bajo la ya intensa luz de la mañana, era un contraste de colores: blancos y ocres, con azuladas sombras, rojizos tejados, con variados tonos verdes de los árboles; en medio de todo, destacaba el macizo campanario dorado de la iglesia. No podía quitar los ojos de aquel paisaje que no volvería a ver. Su mirada quedó clavada en el barrio en el que se encontraba su casa. No se veía porque era una vivienda modesta, pequeña, que ocultaban los tejados de otros edificios mayores. Los ojos se le llenaron de lágrimas y el corazón de angustia. Ya no se acordaba de aquellos hombres que habían destrozado su vida. Todo su ser estaba concentrado en una silenciosa, dolorosa, despedida.

De pronto, se rompió el silencio; una llamada, una voz airada procedente de la hoya cercana. Marcos reconoció la voz del delantero de la cuadrilla que segaba en el campo de don Valeriano. No los veía, ni ellos podían verlo a él, una franja de carrascas y matorrales separaba el alto de las dos parcelas lindantes. Estaban muy

cerca, tenía que desaparecer antes de que lo vieran o sería muy fácil que lo relacionaran con el segador ejecutado.

Retrocedió hacia los árboles y penetró en el monte bajo para empezar la persecución. Inició un recorrido paralelo a la senda de los Carboneros, avanzaba a paso ligero a través de un arbolado no muy denso que lo ocultaba sin dificultar su progresión. En media hora, se había adelantado al grupo, podía volver a la senda y buscar dónde esconderse para esperarlos. Luego, mientras estuvieran en el monte, seguiría andando por delante de ellos, a una distancia que le permitiera controlarlos sin ser visto. Conocía muy bien el terreno, sabía cómo adaptarse al medio y aprovechar cualquier ocasión para atacarlos.